

Julia Uceda y la poesía de José Luis Hidalgo

Una de las facetas más destacadas de la rica personalidad literaria de Julia Uceda es su dimensión como estudiosa (investigadora, editora, crítica, traductora) de la poesía contemporánea; plumas más autorizadas que la mía en el campo de la teoría literaria, como la de mi compañero Arturo Casas, se ocupan de ello en estas páginas de *FerrolAnálisis* dedicadas a homenajear a nuestra admirada y querida amiga. Para mi contribución he elegido glosar su más temprana y acaso más valiosa aportación en ese campo, la dedicada a la poesía de José Luis Hidalgo; parcela en la que hace casi treinta y cinco años tuvimos ocasión de coincidir: ella, como reconocida especialista; yo, como incipiente investigador. No me gusta nada esa extendida costumbre de aprovechar un homenaje para exhibir los vínculos personales con el homenajeado (como si, con ello, alguno de los méritos de este se contagiasen a quien tal exhibición hace); mas no veo mejor manera de ponderar la antigua y constante dedicación hidalguiana de Julia que evocar mi descubrimiento, casi simultáneo, del poeta torrelaveguense y de su estudiosa. Fue en el curso 1969-1970, último de mi licenciatura, cuando preparaba mi tesina sobre aquel autor; la bibliografía entonces disponible sobre Hidalgo era tan exigua como superficial, lo que para el principiante suponía un estímulo (su aportación podría aportar algo novedoso), pero también un riesgo (siempre lo es transitar por caminos poco hollados). Por fortuna, en la primavera de aquel 1970 cayó en mis manos, recién publicada por la editorial Aguilar en su “Biblioteca de Iniciación Hispánica”, la *Antología poética* de José Luis Hidalgo, cuya selección, estudio

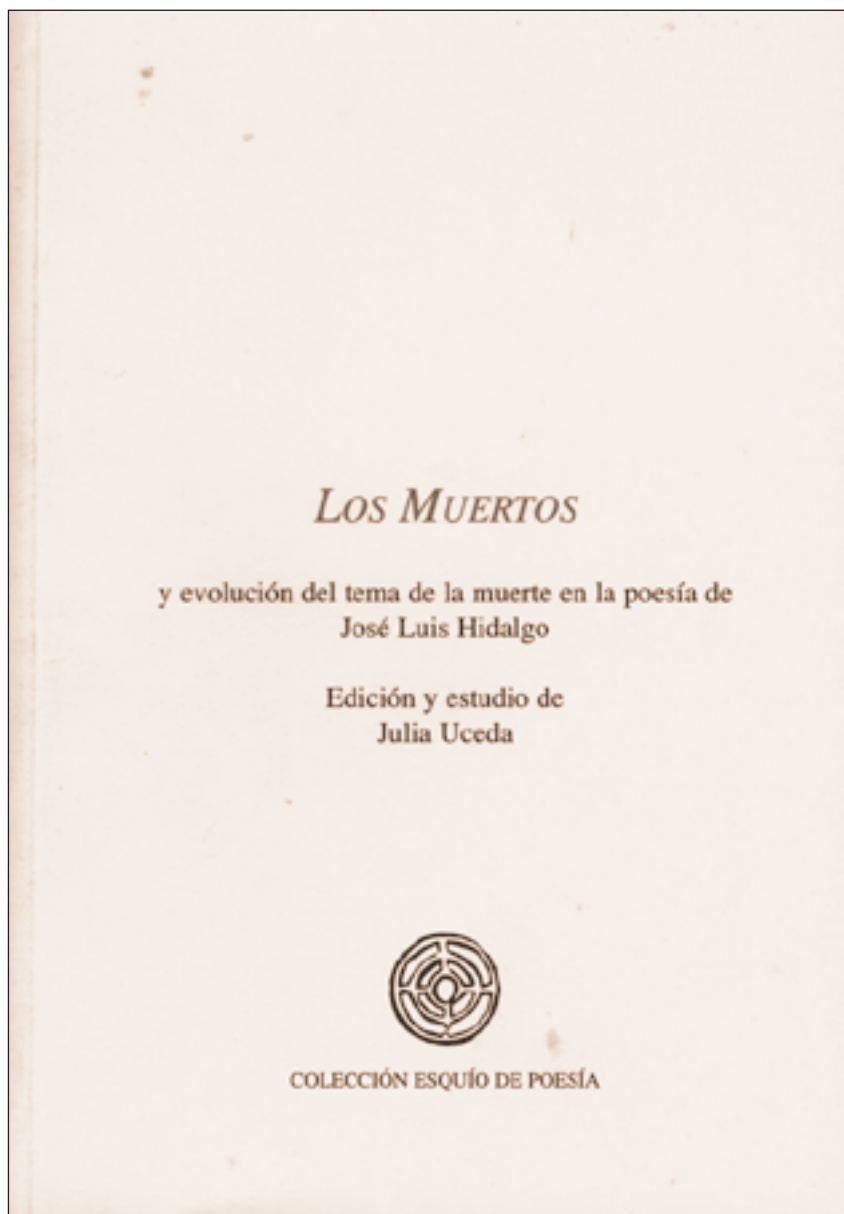
preliminar y notas firmaba Julia Uceda: nombre entonces para mí desconocido, aunque pronto supe que quien firmaba su estudio en Michigan, era una profesora española en la universidad de aquel estado y que se había doctorado en la de Sevilla con una tesis sobre el mismo poeta a quien yo pretendía estudiar. Dato que consideré muy relevante, pues afianzaba mi convicción de que, pese al escaso reconocimiento de que gozaba tal autor, la valía de su obra justificaba una investigación académica. Así lo demostraba el estudio introductorio de la antología (cuya interpretación me parece hoy más convincente de lo que entonces pude aceptar, acaso por prejuicios de mi lectura) y, más aún, el riguroso aparato crítico de las abundantes notas textuales, que me revelaron una dimensión insospechada de los poemas hidalguianos: el laborioso proceso de su gestación, a través de borradores, correcciones, variantes..., minuciosamente señalados y comentados por la editora.

Hoy pienso que aquel librito fue uno de los apoyos fundamentales —si no el principal— de mi investigación; así lo reconocía mi tesina y lo reiteraron los trabajos que publiqué poco después, aprovechando algunos de sus capítulos. Y por cierto que hora es ya de pedir públicas disculpas a nuestra amiga por el reiterado error (no errata, como parece) en mi transcripción de su apellido: tanto en mi tesina (inédita como tal) como en mi primer artículo sobre Hidalgo (publicado en el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* de 1971) la llamo Uceda, acaso por contaminación regional, pues ese es el nombre de una pintoresca villa de Cantabria.

Aludí antes al interés de las notas tex-

tuales que enriquecían aquella antología: en sus investigaciones previas Julia había tenido acceso a una muy abundante y valiosa documentación, formada por manuscritos y copias mecanografiadas (a veces, con correcciones manuscritas), en las que constaba su fecha (a veces, también el lugar) de composición, lo que permitía a la antóloga anotar prácticamente todos los poemas que recogía; de algunos de los cuales, por otra parte, había dos o tres versiones, más o menos diferentes. Toda esa información, puntualmente recogida en las notas, aparte de su interés para el lector común, permiten al investigador un estudio de crítica genética, según pude demostrar en otro lejano artículo sobre la elaboración de *Los animales*, trabajo que no podría haber hecho sin los datos de aquella edición.

La cual ofrecía, además, varios poemas inéditos, procedentes de la misma colección documental. Algo especialmente valioso si consideramos que, hasta su muerte en 1947, Hidalgo había publicado poco más de medio centenar de poemas: los reunidos en sus dos libros, *Raíz* (1944) y *Los animales* (1945), y algunas composiciones sueltas en revistas; semanas después de su fallecimiento aparecían los cincuenta y seis poemas de *Los muertos*. Pero hoy sabemos que aquellos no eran ni la mitad de los versos que había escrito y conservado: su mal llamada *Poesía completa*, edición más meritoria que rigurosa, publicada por el Centro de Estudios Montañeses en 1997, reúne más de doscientos poemas; cantidad que se queda corta ante los trescientos ochenta y dos que, según anuncia nuestra amiga en la “Introducción” a su edición crítica de *Los muertos* (Ferrol: Esquíu, 1999), constituirían la *obra poética completa* (esta sí) de José Luis Hidalgo. Si recuerdo aquí esos datos es para ponderar lo fundamental en la dedicación hidalguiana de Julia Uceda: su



impagable e insuficientemente reconocida contribución para el rescate —aún pendiente— de la totalidad de aquella poesía.

Es forzoso aludir aquí a un episodio tan lastimoso como revelador de la cortejidad de miras de ciertas instituciones (o personas), que no supieron estar a la altura de sus obligaciones y compromisos. Según ella misma explica en el libro que acabo de citar, desde 1991 su *Obra Poética Completa* de José Luis Hidalgo estaba dispuesta para la edición. Lamentablemente fallidas sus gestiones

(en alguna de las cuales intervine, con nulo éxito) para que esa obra —culminación de muchos años de perseverante trabajo— viese la luz, la investigadora se decidió a incluir en la Colección Esquíu, que ella misma dirige, sólo una parte de tan ambicioso proyecto: los poemas de *Los muertos*, seguidos de otros cincuenta pertenecientes al mismo ciclo temático; el conjunto así recopilado permite entender en su plenitud lo que el subtítulo de la edición anuncia como *evolución del tema de la muerte en la poesía de José Luis Hidalgo*.

Ni que decir tiene que, como en la antología de 1970, los textos aparecen aquí cuidadosamente anotados, con la riqueza y rigor que antes señalé; lo cual, por otra parte, nos permite conjeturar el extraordinario valor que tendría esa edición total, de la que el libro de 1999 es sólo una cuarta parte. Con todo, desde mi ya antigua dedicación —nunca del todo abandonada— a la lírica hidalguiana, no dudo en considerar que esta *lectura* de *Los muertos* es la única filológicamente fiable de ese libro fundamental en la poesía española posterior a la guerra civil. Lo cual hace más lamentable, si cabe, que carezcamos de una *lectura* similar del resto de su producción. Si no es exagerado considerar a Hidalgo como uno de los poetas imprescindibles en la lírica española del siglo XX —esto es: un *clásico contemporáneo*— parece más injustificable el que a estas alturas no haya (publicada, pero sí dispuesta) una verdadera edición crítica de toda su obra poética; máxime, si se conserva una abundante documentación, formada por manuscritos, copias corregidas, varian-

tes, borradores, textos desechados...; algo que, como bien sabemos quienes nos dedicamos al estudio de la poesía actual, no es tan frecuente como quisiéramos.

No quiero concluir esta reivindicación de la *lectura* ucediana de los versos de Hidalgo sin aludir a lo que en esa *lectura* hay de interpretación crítica. Porque de lo expuesto hasta aquí podría deducirse que su aportación es sólo de índole textual. Aunque así fuese, no sería poco; pero casaría mal con la íntima vocación de Julia, quien ha demostrado repetidamente y con muy diversos autores esa concurrencia de talentos que no en todos los poetas se da: saber *hacer* poesía y saber *leer* poesía. Por lo que a la de Hidalgo se refiere, ya en la introducción a la *Antología* de 1970 Uceda ofrecía una certera síntesis, cuyas páginas finales formulaban una bien trabada propuesta interpretativa del pensamiento poético hidalguiano en torno a los temas cardinales de su último libro. Propuesta recogida y sustancialmente ampliada en el estudio que abre la edi-

ción crítica de *Los muertos* (1999), donde ofrece una sugestiva exégesis de ese inquietante libro, tan complejo en su aparente sencillez. No soslaya la estudiosa otras propuestas de elucidación (Rodríguez Alcalde, Fernández Quiñones, Susinos Ruiz, Sánchez Romeralo, González Herrán, Romarís Pais, Mantero), cada una de ellas ajustadamente reseñadas, comentadas y discutidas. Dejando para otra ocasión la continuación —o réplica— de ese debate, quede aquí constancia de mi dictamen sin reservas acerca de la indiscutible importancia de esa edición, y no sólo en su dimensión ecdótica, sino también exegetica.

Libro que, por ahora, constituye lo más valioso de cuanto nuestra admirada poeta y crítica ha dedicado a la poesía hidalguiana. Y digo “por ahora” con la esperanza de que, por encima de mezquinas o limitadas consideraciones, se imponga la convicción de que es ineludible editar esa *Obra Poética Completa* de José Luis Hidalgo preparada por Julia Uceda.

Julio Uceda, José Hierro y Fernando Bores. Premio Esquíu de Poesía, 1999.

